

Del orden de las catedrales

Ana Carolina Ibarra

Oscar Mazín Gómez, *El cabildo catedral de Valladolid de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1996, 500 pp.

La historia de la Iglesia ha cobrado en años recientes un interés renovado y entre los variados temas que surgen del estudio de la institución, se esboza el de los cabildos catedralicios, en otros tiempos senado de los obispos, responsable de la administración de las diócesis y corresponsable del gobierno episcopal. Dedicada al cabildo michoacano, la obra de Oscar Mazín, *El cabildo catedral de Valladolid de Michoacán*, abarca la historia de esa corporación durante los tres siglos coloniales y, tanto por el esfuerzo que representa cubrir un lapso tan amplio, como por la profundidad con que consigue percibir y analizar las múltiples facetas de la actividad y trascendencia del cabildo, constituye el trabajo más ambicioso y logrado que se ha escrito sobre el tema.

El interés por estudiar los cabildos catedralicios tiene su antecedente en los trabajos de Philippe Loupès, Hélène Millet y Michel Vovelle en Francia; Isabel Nicolás Crispín y Mateo Bautista en España; en México, aparte del artículo pionero de John Friederich Schwaller (1981), Paul Ganster escribió sobre los cabildos de México y Lima hacia fines del siglo XVIII y David Brading, como parte de su libro *Una Iglesia asediada*, analizó las relaciones dentro del cabildo michoacano en la misma época. Como puede apreciarse, los trabajos citados se ocupan de la corporación en distintos lugares, en etapas o co-

yunturas específicas. Privilegian, en algunos casos, aspectos administrativos; en otros, el peso social de un determinado cabildo; otros más se ocupan de su intervención en la gestión de los recursos. Ninguno parece tener el alcance del libro que estamos reseñando.

En tres partes y siete capítulos, el texto nos narra el origen y la consolidación del cabildo, la cristalización de su mayor proyecto —la construcción de la catedral—, para llevarnos hasta el momento de la ruptura y la subversión del orden, que acaba definitivamente con la cohesión interna de la corporación. Analiza temas muy variados, pero el autor logra dar cuenta de la articulación que guardan entre sí, de tal manera que unos no pueden comprenderse sin los otros: la evolución de la gestión económica, las finanzas y la organización administrativa, las vicisitudes de orden político, sus quiebres y continuidades, la riqueza de su expresión artística que, a ojos de Mazín, expresa la impronta y significado de un proyecto de filiación criolla y afianza la dignificación y orgullo local. Mazín estudia con cuidado los vértices de un delicado prisma que recoge y refleja innumerables tensiones, tonalidades y matices: estudia así un tema que se abre a muchos otros temas para explicar una realidad compleja y singular, pero imprescindible.

¿Quién no se había topado con algún canónigo relevante al estudiar el arte o la música de alguna de las grandes catedrales, al revisar la historia de los colegios y universidades hispanoamericanas, al hablar de la élite intelectual en los siglos coloniales? Y, sin embargo,

la historia de los canónigos y de la corporación ha sido uno de los grandes vacíos en la historiografía novohispana. Poco se sabía acerca de todo aquello que posibilitó y expresó la construcción de las grandes catedrales, y muy escasamente los historiadores se valieron de la cuantiosa información sobre los diezmos. El libro al que nos referimos sirve para valorar estos aspectos fundamentales y para acceder a una mejor comprensión de la época.

La narración es cronológica y corresponde a las tres grandes etapas que Mazín juzga distinguen la historia colonial del cabildo: los orígenes, 1580-1666; el ciclo de la catedral, 1666-1775; y el momento en que sobreviene una gran efervescencia, determinada por los grandes cambios que impone la época, pero que se combina y complica con tensiones que son resultado de la dinámica interna de la corporación. La ruptura histórica la marca el autor entre 1775 y 1810.

A lo largo del estudio de estos vastos periodos cronológicos, Mazín sustenta grandes categorías de síntesis que constituyen la base de su interpretación: los principios de colegialidad, corresponsabilidad y tradición que sostienen al cabildo, y la calidad de persona moral que lo dota de gran fuerza en aquellos tiempos. Las condiciones históricas que cada época impone determinan el mayor o menor grado con el que logran sostenerse tales principios y, en consecuencia, favorecen periodos de gran fluidez en la gestión capitular o, por el contrario, obstaculizan o retrasan la cristalización de sus expectativas. Cabe destacar aquí uno de los grandes méritos del tra-

bajo, ya que a través de los elementos interpretativos que aporta, es posible pulsar la vida del cabildo, precisar y comprender las grandes determinantes de su evolución.

Uno de los aspectos de mayor interés es la posibilidad que nos brinda el libro de contar con un seguimiento de lo que podríamos llamar las fluctuaciones de las rentas decimales del obispado. Desde la falta de liquidez de los orígenes, hasta la boyante economía del cabildo en los años 1700, las finanzas presentan a lo largo de tres siglos variables y tendencias de más largo tiempo, así como lapsos e intervalos en los que es perceptible el decaimiento de la gruesa decimal. Ésta debe haber sido una tarea enorme, puesto que el estudio se sustenta en una consulta exhaustiva de diversas fuentes, y en la recopilación y análisis sistemático de los datos.

Mazín sostiene que la expansión del cabildo tuvo como base la expansión de las finanzas. Ello permitió una mayor asiduidad de los prebendados, pues la eficacia administrativa sólo puede ganarse gracias a una fábrica sana. Los recursos permitieron obtener más prebendas. Completar el número de capitulares con los que debía contar un cabildo no sólo permitió una mejor distribución de sus tareas, sino que concedió una mayor dignidad a la iglesia catedral. Bajo estas condiciones, fue posible alcanzar el consenso capitular. Debe quedar claro, sin embargo, que la consolidación del cabildo, que consistió básicamente en el control alcanzado sobre la gestión de las rentas y la expansión de las mismas, estuvo ligado —según la interpretación de Mazín— a un deseo: la construcción de la catedral como el mayor anhelo y proyección del cabildo. Mazín habla de una nueva conciencia capitular que se consolida con el advenimiento del siglo ilustrado.

Es difícil poner reparos a una obra que parece haberse exigido tanto a sí misma. Mazín pasa con maestría del manejo de las rentas decimales a dar cuenta de la expresión creativa y artística que recoge la catedral, al ámbito de las devociones y del culto, sin dejar nada por escudriñar. Por si fuera poco, completa la edición con mapas, gráficas y magníficas ilustraciones como si no quisiera dejar sólo a la imaginación de los lectores la posibilidad de contemplar con sus propios ojos el mundo de la catedral.

Sólo echamos de menos algo: un capítulo final que hubiese alcanzado con mayor amplitud los años que siguieron a la embestida regalista contra el poder eclesiástico local. Mazín dimensiona y documenta ampliamente el divorcio entre la majestad temporal y espiritual que termina por subordinar a esta última, y las graves consecuencias que ello tuvo al interior del cabildo vallisoletano. El enfrentamiento de dos mentalidades a partir de la embestida de los prebendados peninsulares, representantes de una ilustración católica ajena al proyecto establecido. La multiplicación de las contradicciones hace más visible la pugna criollo-peninsular en el seno del cabildo y Mazín la describe con destreza. Pero luego sigue una síntesis en exceso apretada. Los problemas para el cabildo michoacano sobrevienen en cascada: desde la muerte del obispo San Miguel en 1804 hasta la invasión de la península, hay una rápida sucesión de acontecimientos. Se llega, casi sin aliento, a la condena que lanza el obispo electo Manuel Abad y Queipo en contra de la insurrección de Hidalgo y que constituye, a ojos del autor, uno de los acontecimientos que marcan el momento de la ruptura definitiva. El orden de las catedrales, que hacia 1700 eran las entidades más poderosas de la Nueva España, queda

subvertido. Como concluye Mazín, en sólo treinta años se revirtió un proceso de dos siglos.

Es necesario, como lo sugiere el autor, evaluar el grado de trastocamiento del régimen de organización social de la catedral a raíz de los sucesos antes descritos. Es decir, el trastocamiento de la labor de fondo que suponía el cumplimiento de los designios episcopales y de la serie de tareas encomendadas al cabildo. ¿Como se produjo aquel proceso de gradual reclusión de los cabildos y la pérdida de su vigencia social? Mazín no señala, y valdría la pena hacerlo, el papel todavía relevante que desempeñaron los cabildos catedralicios como elementos de mediación durante la guerra de independencia, ni el lugar destacado que ocuparon tantos canónigos influyentes en los primeros órganos de gobierno al nacer el país a la vida independiente. Y es que Mazín hace una extraordinaria historia del origen y ascenso del cabildo vallisoletano, pero sobre todo de su momento más expresivo, justamente cuando el cabildo logra llevar a su culminación su gran proyecto sociocultural: la terminación de la catedral de Valladolid. Es allí el momento en el que el autor hace gala de su gran talento y del entusiasmo que le produce elucidar la riqueza del proyecto, la multitud de elementos que confluyen para su cristalización. Analiza de forma clara y bien fundada los problemas que sobrevienen en la etapa siguiente, pero, en definitiva, Mazín es el autor del “ciclo de la catedral”, los procesos que lo impulsan y los que lo liquidan. El lector queda ávido de una interpretación de la misma envergadura que nos ayude a comprender ese dramático declive que sobreviene con el siglo XIX, y que Mazín apenas esboza en unas cuantas pinceladas finales.

La obra de Mazín es fruto de lar-

gos años de trabajo dedicados al estudio y la investigación de la diócesis y su catedral: *Entre dos majestades*, *La catedral de Morelia*, *Archivo capitular de administración diocesana*, son algunas de las obras que mejor testimonian este impulso de largo aliento. La labor de investigación se combinó con el res-

cate del archivo catedralicio, tarea en la que Mazín tuvo una participación decisiva. La clasificación y organización de los documentos ha hecho posible que muchos otros investigadores tengan acceso a los papeles que contiene dicho repositorio. La estrecha relación del autor con ésta que fuera la principal

fuente de su investigación (que desde luego fue complementada con la de otros grandes archivos), confiere a su obra una particular solidez. Por este motivo, puede afirmarse que *El cabildo catedral de Valladolid de Michoacán* representa la culminación de una etapa decisiva de la obra de Oscar Mazín.

